

EL TENEBROSO DE LA COLINA

LUCINDA BARRIENTOS



Pálida, las carcomidas uñas manchadas de tinta, vestido largo y negro como la cabellera, botas de soldado, y lentes fondo botella, componían la misteriosa estampa de aquella joven impredecible por los lánguidos lugareños, quienes buscaban entrever la figura enigmática que caminaba todas las noches a la misma hora en la colina más elevada del pueblo para quemar papeles y juntar cenizas debajo de un árbol.

Todos la conocían como “Libra”. Nadie mencionaba su verdadero nombre. Pero ¿por qué Libra? La llamaban así, no por que fuese su signo zodiacal, sino porque siempre portaba libros. Como quisieron darle un toque especial y femenino a su apodo, los compañeros de la primaria la llamaron “Libra”. Hasta su familia había olvidado el nombre verdadero. Les resultó pegadizo el alias que le impusieron a Ema.

Ella tenía un único amigo, de su misma edad, Iván. Compañeros desde el kínder, Iván siempre la defendía de los niños que la hacían objeto de burlas, que empeoraron cuando crecieron y llegaron a la secundaria.

Ema olvidaba el color de la soledad y los arañazos de la angustia al lado de Iván, pero ni siquiera su mejor amigo

podía descubrir lo que ella hacía todas las noches debajo de aquel árbol al que todos llamaban “el tenebroso de la colina”. Solo una vez se animó a preguntarle, pero el silencio de Libra golpeaba sus oídos y le obligaba a sellar los labios y a cambiar de tema. Iván no volvió a mencionar jamás el tema pero poco a poco fue alejándose de ella. Ema perdió a su único amigo.

Pasó el tiempo y solo quedaban tres meses para que terminara la secundaria. La profesora de Literatura había planteado un proyecto a los jóvenes del sexto curso: recolectar libros para la nueva biblioteca que sería inaugurada en diciembre con el acto de graduación. La docente, muy contenta, anunció a los jóvenes que un empresario anónimo había donado un predio para la construcción de la misma, que quedaba justo al lado del “tenebroso de la colina”.

Las miradas de todos se dirigieron a Libra. Ella emitió un grito desgarrador que ensordecía al mundo. Salió corriendo de la clase destrozada en lágrimas. Ni mordiéndose las uñas pudo encontrar consuelo a su dolor cuando los dientes probaron el sabor de su carne.

Se dirigió hasta la colina y con las manos llagadas cavó y cavó hasta encontrar un cofre de madera. De su relicario quitó una llave y abrió el cerrojo con mucho cuidado, miró y besó cada pieza, y con ayuda de una pala lo volvió a enterrar aún más profundo para que jamás nadie lo encontrara.

Con una tijera talló en “el tenebroso de la colina” las iniciales de nombres ilustres y sagrados para ella como GGM, JLB, VH, EH, WS, PN y otras letras. De su mochila sacó una cantidad inmensa de papeles, y encendió una fogata. Una a una, las páginas tatuadas de tinta se desvanecían en las llamas.

Cuando consumó la aniquilación de esos papeles culpables de atesorar prosa y versos; Libra juntó las cenizas y las guardó en una caja de fósforos. Se dirigió a su casa. Empapada de tierra, cruzó el comedor. Ni sus padres se animaron a rega-

ñarla, porque la profesora de Literatura ya se había adelantado y les había comunicado por qué la joven había reaccionado de esa manera.

Los padres, asustados por el comportamiento de su hija decidieron enviarla una semana a la casa de su abuela, que quedaba bastante alejada del pueblo. Querían evitar que Ema presenciara los primeros ajetreos de la construcción. La joven sería atendida por una especialista, debido a que su conducta no les parecía normal. Así la alejaron pero por un tiempo. Ema era visitada los fines de semana por su madre, quien le llevaba las tareas para que no perdiera las clases.

Mientras Libra se encontraba lejos, la construcción de la biblioteca crecía, faltaban ya pocos detalles, las paredes exhibían un color arena, el piso brillaba como espejo egipcio, y los estantes parecían esperar con sus brazos abiertos a las fuentes de sabiduría.

Por sugerencia del arquitecto “el tenebroso de la colina” permaneció paradójicamente intacto, porque brindaba una pincelada mágica a la vista. Lo podaron, lo llenaron de bellas orquídeas en el tallo, y colocaron a sus pies un banco de plaza. Un rincón magnífico, que invitaba al encuentro con los dueños de esas iniciales talladas por Libra. Llegó noviembre. La recolección de libros trajo abundancia de volúmenes para la biblioteca, libros de cocina, de leyes, de psicología, de ciencias, de filosofía, pero faltaban los clásicos de la Literatura. No había nada de Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Víctor Hugo, Ernest Hemingway, William Shakespeare, Pablo Neruda... por citar solo algunos de los magos de la pluma.

Libra visitó de nuevo a la psicóloga, acompañada de su abuela Isabel. La especialista diagnosticó que la joven se encontraba en perfectas condiciones.

Sugirió que retornara a su hogar y al colegio. Explicó que en ocasiones los jóvenes, por llamar la atención y apelar al cariño de sus padres, recurren a una rara conducta. Así fue

que Ema volvió a su casa, donde se encontró con la triste noticia de que su amigo de infancia, Iván, había fallecido de leucemia hacía una semana. La angustia y el dolor se volvieron más intensos cuando su madre le entregó una carta que él le había dejado:

“Librita, me estoy muriendo, seré polvo y volaré al cielo como las cenizas de tus versos. Perdóname, he traicionado tu amistad y confianza, porque el día que nos enteramos de que la biblioteca sería construida en la colina te seguí cuando saliste corriendo del colegio y vi que guardabas con tanto celo el cofre de madera. Cuando tus padres te enviaron lejos, lo desenterré y en tu ausencia recorrí cada página. Sé a quiénes pertenecen esas iniciales que tallaste en “el tenebrosos de la colina”. Merezco morir por lo que hice, pero en uno de tus apuntes a pie de página no te reconocí. Decías que jamás compartirías tu tesoro y que al cumplir 18 años quemarías todo y beberías las cenizas diluidas en el agua de esos libros para llegar a ser una excelente escritora como los autores dormidos en tu cofre.

Tengo fe que llegarás a serlo, pero nunca ocultes para ti el conocimiento y la sabiduría, omite de tu vida el egoísmo, comparte todo lo que aprendas, no lo mezquines, porque es de sabios dejar participar a los demás de lo que aprendemos con la experiencia y el aprendizaje.

Con estas líneas sabrás a que me refiero. Éxitos, amiga, discúlpame por haberme alejado de ti. Si volviera a nacer correría a darte un beso profundo en los labios, como debería de habértelo dado antes de mudarme de este mundo más allá de la colina. Te quiere, Iván”.

Libra corrió hasta la colina. Fue inmensa su sorpresa al ver el nuevo aspecto del “tenebroso de la colina”. Desenterró el antiguo cofre de madera, limpió *Cien años de soledad*, *Ficciones*, *Los miserables*, *El viejo y el mar*, *Romeo y Julieta*, y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, obras que si no fuera por la

revelación de Iván, hubieran terminado en el estómago de Libra al cumplir los 18, y que pasaron a formar parte de uno de los estantes de la biblioteca.

La sala fue inaugurada con los flamantes bachilleres en Ciencias y Letras, las lágrimas no faltaron, todos recordaron a Iván, y Libra jamás olvidaría a su primer amor. “El tenebroso de la colina” lucía brotes verdes todos los meses del año, las tijeras del otoño no dañaron su imagen de joven roquero. De parecer tenebroso, pasó a ser el árbol más bello y llamativo del pueblo. Las siguientes promociones de estudiantes lo denominaron “el sabio de la colina”, por encontrarse en el terreno de la biblioteca.

Libra fue a la universidad estudió filosofía y se convirtió en docente. Los fines de semana ofrece su tiempo alfabetizando a adultos. Jamás olvidó el consejo de Iván, y a menudo revive a los personajes del cofre.



CUENTO GANADOR DEL 2DO LUGAR EN EL CONCURSO DR. JORGE
Ritter Año 2012